

Hombre en baño maría

Por Cecilia Romero

Y mientras te espero, cocino, salgo por la ciudad, voy a tomar café, salgo de vacaciones y me resfrío, veo la luna y la soledad de los parques. Cada día me parezco más a un chico, mi cara ha tomado la forma que buscaba, pero todavía tengo pechos y caderas y menstruación. Ella dice que mientras más lucho por ser un hombre, más se nota la hembra porfiada que tengo dentro.

Guardo entre las ollas y las hornillas, posibles sombras, nombres que cuelgan de los tendederos o están clavados con alfileres en los álbumes de fotos mentales. Me gustan Ariel o Santiago, son nombres potentes, dicen algo. Si yo fuera mujer me enamoraría de hombres con esos nombres.

Mientras aprendo a sentir los aromas, los vapores de las ollas de la cocina esas cosas que siempre las pensé de mujeres, mi madre cocinaba y mis dos hermanas también. Nunca me gustó guisar hasta que tú me enseñaste, mientras tus hijos estaban en la escuela. Eras paciente y reilona. Tan paciente que no decías nada cuando conseguía que me besaras entre que el arroz cociera o el pollo tomara color dorado. Si cierro los ojos el aroma de la comida vuelve a golpearme con esas mezclas de condimentos y jugos.

Ahora la cocina de mi casa tiene una función real. Guardo hombres en baño María. Los saco. Los pongo en remojo, los cuido, los pierdo, les saco historias, historias de niños, historias de viejos. Limpio con toallas blancas sus carnes remojadas, los recupero del olvido. Siento la piel de la piel humedecida. Algunos al ser despertados bufan, salen dando un portazo, maldicen, escupen, amenazan y desaparecen, no entienden que yo quiero tener un pito entre las piernas, no estos labios rosados y verticales que tiemblan en la ropa.

El sexo con ellos es un poco vacío, se siente algo en el fondo de la vagina pero es imperceptible. Los mejores encuentros me los doy yo misma cuando me toco viendo las noticias, ahí sí sé que es un aluvión de hormigas que trinchan la piel con almíbar y te sientes bien y sucia. Y dueño.

No me gusta acostarme con chicos, lo hago a veces porque así aprendo algunas formas, algunas sutilezas y los gestos, sobre todo los gestos. Cuando hago el amor y me penetran con sus moluscos tiesos y negros, pienso en la raya que se te hace cuando tienes algún vestido con escote. Ese tajo oscuro entre los senos y tu cuerpo de tres hijos. Eres muy linda aún y a ti sí te gustan los hombres de verdad. Yo no he podido acostarme con ninguna mujer porque no he conocido chicas que les guste. Mi círculo es muy cerrado y cristiano, no me atrevo a seducir a nadie. Pero eso es puro cuento, no hago la lucha por nadie porque estoy amándote a ti. A pesar de todas las sombras, al final del camino o sea de cualquier camino que emprenda estás tú Roma, todos los caminos me llevan a ti.

Y mientras te espero, pasan los días, el espejo se puebla de imágenes de rasguños, de fotos; de miradas. Mientras pasan los días, acumulo cosas para mostrarte. Quizá no exista posesión tan definitiva. Tantos soldados parados en la fila. Tanto bar de marineros. Tanta luna y tan pocas estrellas. Yo sé que te gustan mis poemas, las cosas que digo con mi voz un poco ronca sobre eso de esperarte, de volver la espera en algo poético y no terrible como es.

- Ayy – gritabas cuando metía mis dedos en el escote de tu blusa.
- ¿Cuándo se van tus hijos? –
- Nunca –
- O sea ¿cuándo van a crecer? Los miro todos los días y parece que se van a quedar enanos, lo hacen a propósito –
- Eres tan graciosa –
- No en serio, tu marido nunca está y yo creo que él se va a ir tarde o temprano pero tus hijos son muy chicos y tardarán demasiado en ser grandes –
- No sueñes con nosotros, eso sólo va a dañarte –
- Puedo cansarme de esperar-

Y en esa espera de que algo pase, aprendo secretos para descongelar, para devolverle el sabor a la carne, como si nunca hubiera estado guardada. Aprendo el ritmo de sacar a luz las cosas escondidas.

Todo tiene un tiempo, las cosas que se mueven entre las horas. El balanceo de la araña, el tiempo en la fruta, el momento antes del vuelo de un pájaro, el segundo antes que me beses y dejes que llegue un poco más lejos. Ese mundo es el que me gusta. La cotidianidad de tu casa, cuando me dejas entrar. Tu casa es la casa donde siempre he querido vivir.

Estoy harta de los bares y las discos de ambiente, esa relajada promiscuidad ha dejado de atraerme. La pantomima de una alegría que no se comparte se que puede enfermarme. Me enfermó cuando empecé a ir. Todos eran la caricatura de alguien, maquillaje goteando en caras tristes y humo. Todo espejos y humo.

A María le rezo poco no debe gustarle lo que estoy haciendo, pero me doy largos baños de tina, como las cosas congeladas que se ponen en baño María para que vuelvan a la vida. Pasan las horas como las gotas y resbalan por esta geografía ardiente que espera, en la espera complaciente y triste.

Los baños María son mejor con sal. Una pizca tan sólo. Una añoranza que recuerde el mar. Te metes al mar no sabes nadar muy bien pero sigues avanzando hasta donde no tocas piso y entonces una ola te arrebató y te hace dar vueltas en su esfera, tragas agua, la escupes. Piensas que puedes morir, que estás indefenso, que podrías darle fin a todo, ahogarte en una playa vacía.

Así acabarías de esperar. Pero no. Eso sería hacer trampa.

Sólo un poco. Lo suficiente.

He aprendido a cocinar. Sé hacer pocas cosas, pero a todo ingrediente lo conozco, a cada persona que pasó por esta calle. Por eso los invité a pasar, los bañé de saliva, de jabón, de aceites. Los guardé en una mortaja y les enseñé a esperarte. A cerrarse como crisálidas nocturnas.

En un baño están y están tibios como los besos, como los sexos humedecidos de tanto esperar, aquí están para cerrarse en un abrazo, el sexo que vendrá, el que se fue, el que nunca tuvimos. Acá están aguardando y siguen viviendo aprisa, lento, rápido, en la suma de los días que ya no pasan casi gritan, sólo están hundiendo en la carne su punta de metal.

Así gritó un día tu marido cuando nos encontró en la cocina, con tu pierna morisca encima de mi hombro. No era algo sexual, porque no quieres acostarte conmigo, sólo un gesto de amor. Bufaba como el toro en la arena. Sentí miedo. El tipo me dio con el fuslero en la cabeza. Me dijo tortillera, me empujó contra la pared, se tocó las bolas y me dijo que eso era lo que yo necesitaba, un buen pito en el culo. Grité para que me ayudaras, pero estabas parada mirando sin ver.

También tú recibiste y fue sobre la mesa de la cocina.

II

Nunca volví a tu casa. Me quedé en la mía a esperarte, luego de una cosa como esa debes venir conmigo. En la espera he perfeccionado el arte culinario. Puedo hacer casi cualquier plato. Ensalada César, pasta italiana, comida francesa, comida criolla, platos de la tarde y la mañana.

Esperar no es muy grato.

He visitado un médico y me ha dicho que pueden hacerme un órgano como el de un hombre. Me sacan un injerto del brazo y me lo colocan ahí abajo. Pero es difícil que vuelva a sentir un orgasmo. El clítoris es un pene al revés, un iceberg dado vuelta.

Espera. Tengo dos historias para cuando vengas. La primera es de una chica que no quería pertenecer, la otra de una chica que se parece a Peter Pan. A mi no me persigue el cocodrilo del tiempo como al capitán Garfio, yo vuelo, sigo joven. Amo a Wendy quien me costuró la sombra que había perdido. Tú a veces eres Wendy, puedes costurar el pedazo que me falta.

Creo que no vas a llamar. Nunca llamaste, esta sería una buena oportunidad.

Un día fui al colegio de tus hijos a la hora de la salida, te vi. Estabas en tu autito rojo esperando. Las manos tías en el volante, tu boca sin rouge. Sé que algo se había quebrado, no algo que se note a simple vista, yo te conozco se que cuando algo se rompe y es definitivo se muestra sólo a los ojos de los que te conocen bien. Tu alma está un poco desviada, tu mirada que ya no mira. Debe ser que te hago falta. Es como una taza que se rompe y luego se pega, en el afán de hacer que todo parezca como antes, se notan más las imperfecciones. Es como si tu fueras yo fingiendo estar normal y no, es como yo que quiero ser alguien y termino siendo lo que soy.

Observé como tu auto se alejaba con tus hijos adentro. Vi como dabas la vuelta la esquina, pisaste el acelerador de forma brusca y tus hijos se golpearon contra los asientos, no hiciste nada para

consolarlos. Dejaste un poco de humo con el tubo de escape. Antes que desaparecieras contestaste tu celular, seguro que era él controlando tu tiempo.

Sentí un poco de impotencia al saber que no vas a llamarme.

Podría secuestrar a uno de tus hijos y cocinarlo. Hacer un niño envuelto, así lograría que vengas a mi casa. No creas que no lo haya pensado. Podría llevar a tu niño a la misma playa que conocí a solas y dejarlo que se ahogue en un atardecer espléndido. Mientras mi celular sonaría y serías tú la de la prisa, la de la urgencia, la del horror.

Podría abrir el desván de mi enorme casa sola, mi ballena blanca varada en un mar de tierra infértil. Podría abrir mi desván donde tengo a mis crisálidas, pero no eso sería el camino fácil. Yo tengo que esperarte un poco más, lo suficiente. Tengo que saber que todo tiene un tiempo, como las cosas que me enseñaste a cocinar. Debes estar a punto de tomar una decisión. Yo creo que sabes que tus hijos no te quieren mucho. Eres la meretriz sin sueldo de sus exigencias que cada día deben ser más. La vida así te arroja a mí. A mi costado sufriente.

Ven a la isla de Lesbos. Acá no hay niños. No hay maridos. Podrías venir si quisieras. Podría recogerte de tu casa y dejar de esperarte. Sólo necesitas mover el dedo gordo y marcar un número.

Yo sé que vendrás cuando se acabe el círculo de sangre y me llame Ariel o Santiago. Espero que cuando te decidas no estés tan vieja y los senos se te caigan a las rodillas. No podré fingir que me gustas. Trataré de tocarte y cuando llegue a tu estómago de morsa quedaré en silencio y me pondré a mirar la televisión. Yo te quiero suspendida en la edad que tienes, así como te ves ahora. Quiero que nos vayamos a la cocina y en una mesa olvides esas cosas sucias que te hizo.

Una nueva vida iniciará mañana. Tú ya no debes esperar más a tu marido. Te aseguro que él jamás volverá.

Mientras yo voy a seguir escribiendo, voy a irme al mar, voy a soñar con un molusco enorme, uno que si tengo suerte me florecerá entre las piernas, mientras voy a ser un hombre en baño María.

FIN